

AMOR VOLUNTARIO

Las gotas de agua rebotan contra el cristal. Los gemidos de las mujeres inundan todo el comedor en el que trabajo. Los lloros de los niños que abrazan a sus madres dan escalofríos. Todo es nuevo para ellos, pero no para mí. Es más, estoy acostumbrada. Estoy acostumbrada a que la vida y la muerte descansen juntas en este comedor cada tarde. A veces se diría que van agarradas de la mano, pensando sobre qué persona se dejarán caer. Y aunque me entristece, sé que hay demasiados candidatos. En un momento todo se revoluciona. Un ataque de asma, una recaída, una hipotermia. Pocos son los que sobreviven. Y lo peor de todo es que yo no puedo hacer nada. Me voy detrás de la barra del comedor, y muy a mi pesar no puedo impedir que un par de lágrimas recorran mis jóvenes mejillas. Dedico una última mirada a aquel grotesco espectáculo y poniendo todo mi empeño, salgo por la pesada puerta. Un sólo pensamiento ocupa mi mente. Ha muerto. Es demasiada tristeza para poder describirlo con palabras. Cruzo la avenida sin saber en realidad lo que estoy haciendo. Sólo estoy a una acera de llegar a mi casa y, sin embargo, hoy casi no puedo. Hoy no puedo llegar a mi casa y darme una buena ducha caliente, que relaje mis músculos y me ayude a pensar. Y no sé por qué... ¿La conciencia me lo impide? No, no es la conciencia. Es la impotencia, es la imagen de aquel hombre todavía en mi mente, que sigue ahí esperando a que cierre los ojos para asaltar mi cabeza. Me acuerdo con claridad meridiana de él. Habíamos intentado charlar de camino al comedor pero ni por señas nos entendimos. Durante un momento, parecía que entendía algo, pero pronto supe que era yo la que lo malinterpreté. Recuerdo el brillo inteligente aunque apagado que había en su mirada. Y cuando sufrió el último ataque, sus ojos dejaron de ser los mismos. Se le nubló la vista y todo su cuerpo comenzó a convulsionarse de manera violenta, con movimientos secos y desgarrados. Como la primera vez...

Ahora me acuerdo de la primera vez que vi a una persona sufrir así. No debería de estar permitido tanto sufrimiento. Estaba paseando con mamá por la orilla de la playa cuando vimos mucha gente agrupada, formando un círculo del que salían flashes de cámaras y exclamaciones de asombro. Al lado del gran grupo de gente, había aparcadas dos ambulancias lo bastante grandes como para que cupiesen seis personas en cada una. Sin pensarlo un momento, me solté de la mano de mi madre y eché a correr hacia el gentío y la multitud. Qué insensata y qué loca fui, puesto que lo que vi en ese lugar, justo en el centro del círculo, me marcó para siempre. Pero ahora sé que no sólo para mal. Echados en el suelo, sin poder mantenerse en pie, había siete cuerpos tan inmóviles a la vista que hasta tuve la sensación de que estaban muertos. Y entre ellos había un joven, un precioso niño de ojos enormes y piel morena. Su pelo era del color de la almendra en otoño. Y sus ojos... no sabría describirlos son claridad. Eran negros, sólo negros. Tan oscuros que sus iris y sus pupilas no se distinguían. Tendría uno o dos años más que yo. Doce o trece años a lo sumo. No sé qué pasó. Entre aquel caos y aquella confusión nos miramos a los ojos, los míos tan claros, los suyos tan negros. Sin pensarlo, y llevada por un impulso hasta entonces desconocido para mí, me acerqué a él, ignorando a todo el mundo, y le tendí la mano. Él, vacilante y tembloroso, me la estrechó. Le ayudé a levantarse y le indiqué por señas que se podía apoyar en mí. Yo, buscando a mi madre entre aquella confusión, no dejaba de sentir unos ojos negros clavados en mi rostro. Fue ella la que me encontró. Me estrechó con tanta fuerza que me quedé sin aire. Rápidamente le expliqué todo lo sucedido y nos alejamos de allí. Pero la casualidad hizo que aquella semana fuera la más confusa de toda mi vida.

Y en la que más aprecié a mi madre. En cuanto llegamos a casa llevé al muchacho a mi habitación y le pedí, le supliqué que durmiera. Pero solo me miraba. Exasperada, salí de la habitación un momento para contarle a mi madre que aquél niño no dormía... Pero la encontré en la cocina llamando a todos sus amigos. Comprendí enseguida, que mi

nuevo amigo no podía quedarse aquí. Sonreí con dulzura a mi madre y volví a la habitación. Aquél precioso muchacho estaba tumbado sobre la cama, respirando regularmente... y con los ojos cerrados. Estaba vivo. Gracias a mi, estaba vivo. Y yo, gracias a él soy todo lo que soy ahora. Sin saberlo, desde que lo conocí, me enamoré de él. Era tan perfecto... tan amable... tan educado. Al fin, después de días y días de no saber, mi madre me habló de una compañera de su trabajo que estaba echa trizas, después de haber perdido a su hijo, pocas horas después de haber nacido, que estaba encantada de que le diéramos la oportunidad de "estimular sus dotes como madre", palabras textuales, que ella pronunció con una gran sonrisa. "Gracias a vosotros, a vuelto a sonreír."

Eduardo, que así era como se llamaba, siguió creciendo rápidamente, a mi vez. Mi madre convenció a Esperanza, la madre del muchacho, que viniera a casa para que yo le ayudara a aprender a leer y a escribir en castellano. El chico era muy listo, y lo cojía todo al vuelo. Pronto podemos estar juntos en la escuela. Nos matriculamos juntos, y todo el tiempo que podíamos, nos reconfortábamos, con nuestra cálida amistad. Ese sentimiento, pronto se convirtió en algo más intenso, que se siguió formando, a lo largo de nuestra vida.

Hasta hoy. Ahora me estará esperando sentado en el estudio del pequeño apartamento, levantará la vida de la tesis que está preparando, y dirá, como siempre, con la voz teñida de amor: "Gracias por volver". Y yo, como siempre me derretiré ante su mirada oscura. La carne es débil. Sin embargo... siento que solo una persona estará dispuesta a verme llorar a estas horas de la noche. Tuerzo por un pequeño callejón al lado de una cafetería. Y de pronto, todo desaparece... De pronto, ya no quedan vestigios de la gran ciudad en la que me encontraba hace un momento. Sonrío y me dejo llevar por mi sentido del olfato. Caminando despacio, y disfrutando de los olores que me embriagan. Sigo caminando, y llego hasta una pequeña panadería de la que sale un asombroso olor a pan recién hecho. A través de los cristales veo a una mujer de unos 50 años, con la piel

oscura, de un color tostado, moldear el masa y darle forma. La madre de Eduardo. En realidad, el no sabe que su madre estaba tumbada junto a él el día de su llegada a Ibiza. Ni yo lo sabía hasta hace poco. Fue por pura casualidad, un día en el que, dando mi matutino paseo por la ciudad, encontré un panadería, regentada por una hermosa mujer cubana de ojos negros como el ébano. No sé por qué, pero supe que ella era su madre. La gran pista me la dieron sus ojos. Desde entonces, todos los miércoles, de cinco a siete de la tarde estaba allí, contándole a la mujer que había sido de su hijo. Me contó, que en un principio, había pensado ir a buscarlo, recorrer el mundo entero si hacía falta, con tal de encontrar a su hijo perdido. Pero las noticias que yo traía cada día de Eduardo, la obligaban a no llamarlo, ni buscarlo. Cuando le pregunté el por qué, me respondió: "¿Tu crees que le habrían gustado más los bollitos que la escuela?" me dijo solamente. Había estado investigando por su cuenta. Y yo sonriendo le contesté "Algunas veces me sorprende".

Llamo tímidamente a la puerta que se abre con un pequeño empujón al marco. Sonrío de nuevo. Ya sabe que estoy aquí. Me sitúo a su lado y espero pacientemente a que me mire. Pasan por lo menos dos minutos, pero al fin, levanta la mirada, y, me mira, con esos ojos, tan familiares. No podría describirlos. Son los ojos más sabios que he visto en mi vida, parecen haber vivido tan tas cosas... dos pozos sin fondo en los que sé que voy a caer embrujada, ya que lo más profundo de ellos de ellos me atrae con un imán. Por fin, deja de mirarme (no se por qué, siento como me hubiese liberado) y habla:

-Hola Loreto- dice con su voz profunda y gutural.

-¿Qué tal está, señora Consuelo?-le pregunto amablemente y espero, a que lea en mi mirada que estoy destrozada, para poder darle rienda suelta a mi pena.

Sonrío. Por fin. Me devuelve la sonrisa, abre los brazos y me contesta con su fuerte acento cubano:

-Mejor que tú, hija. Mejor que tú.

No me resisto. Me lanzo a sus brazos y lloro desconsoladamente. Le cuento todo, y ella escucha con paciencia acariciándome el largo cabello rubio. Cuando me separo de ella, tengo el poco maquillaje que llevo corrido y el pelo revuelto. Pero la mente despejada y en orden. Ahora mismo sé muy bien lo que tengo que hacer.

Me separo de consuelo, y le digo que me espere allí, y que no cierre hasta dentro de media hora por lo menos. Ella me mira sorprendida, pero asiente. Corriendo, salgo de la pequeña callejuela, y cruzo(esta vez sí) la acera que me separa de mi apartamento. Subo los escalones de dos en dos, dando tumbos, y entro en mi casa, abriendo la puerta con precipitación. Eduardo, sobresaltado levanta la cabeza, y se relaja enseguida, al ver que soy yo. Doy dos grandes zancadas, me inclino hacia él, le beso rápidamente y huelo su exquisito perfume, a la vez que le agarro, y tiro de él llevándolo hacia la puerta del piso. Cierro de un portazo sin soltarlo. Él no me suelta la mano, y, confundido, sigue bajando detrás de mí. Andando rápido, vuelvo a cruzar la avenida, pero con Eduardo, cogido de mi mano. Pasamos la cafetería y nos adentramos en la pequeña callejuela. Le miro de reojo y sonrío, al ver que ha cerrado los ojos, y se deja guiar libremente. Lo llevo hasta la pequeña panadería que se abre tintineando debido al móvil que hay enganchado del marco. Consuelo abre los ojos y suelta una exclamación ahogada. Madre e hijo cruzan la mirada. La mujer pierde los nervios y cruza la distancia que le separa de su hijo. Los momentos siguientes fueron confusos. Acabamos sentados en el suelo los tres(Consuelo no se separa de Eduardo) llorando y con mi novio diciendo:

-¿Como no reconocí los bollitos?

Él ya había estado aquí.

Autora: Cora C. N. 1º ESO E. IES Blas Infante. Córdoba